EL SACERDOTE, TESTIGO Y MINISTRO DE LA MISERICORDIA

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v62i216.150>

JOSÉ LUIS FERRÉ MARTÍ*

Dios prometió a su pueblo: «Les daré pastores según mi corazón» (Jr 3, 15). Con estas palabras del profeta Jeremías, «Dios promete a su pueblo no dejarlo nunca privado de pastores» (PDV 1). Una promesa que vería más tarde su pleno cumplimiento al enviarnos a su Hijo, el Buen Pastor y encomendar a los apóstoles y sucesores el ministerio de apacentar a la grey de Dios.

¿Cómo es el corazón de Dios? El corazón de Dios es un corazón rico en misericordia, como lo atestiguan los libros veterotestamentarios, haciéndose eco de la experiencia primigenia del pueblo de Israel: un Dios «clemente, rico en misericordia, lleno de amor y fiel, que mantiene su amor eternamente y perdona la iniquidad y el pecado de su pueblo» (Ex 34, 6-7), hasta el punto de que llega a ser definido como «el Misericordioso» (Eccl 50, 19), a quien hasta se le «conmueven las entrañas» (Os 11, 8; Jr 31, 20).

Precisamente en Jesús se revela extraordinariamente ese corazón, lleno de amor y de misericordia, siempre dispuesto a perdonar. Él es quien encarna y personifica la compasión misericordiosa de Dios mismo¹; y en quien se hacen visibles esas entrañas de amor, misericordia y ternura del Padre (Ef 2, 4). Como nos recordó el papa Benedicto XVI: «La misericordia... es el nombre mismo de Dios, el rostro con el que Él se ha revelado en la antigua Alianza y plenamente en Jesucristo»².

Pero Él no solo es la imagen visible del corazón misericordioso, sino que además Él es también misericordia y la ejerce, hasta el punto de perdonar los pecados. «No solo anuncia el mensaje de la misericordia del Padre, sino que también la vive. Vive lo que anuncia». Y, además, es quien «anuncia la misericordia divina de forma definitiva y para todos. Jesús abre el acceso a Dios no solo a unos cuantos justos, sino a todos; en el reino de Dios hay sitio para todos,

* Sacerdote Operario Diocesano. Estudió en la Universidad Pontificia de Salamanca, en la Gregoriana de Roma y en la Universidad Civil de Barcelona. Licenciado en Teología, Pedagogía y Filología. Se ha especializado en temas de formación de vocaciones y espiritualidad sacerdotal.

1. Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, 2.

2. Benedicto XVI, *Regina coeli*, 30 marzo 2008.

nadie es excluido. Dios ha aplacado definitivamente su ira, concediendo más espacio a su amor y su misericordia»³.

Y así, los evangelios presentan a un Jesús misericordioso que se conmueve, frecuentemente, ante las necesidades de los hombres y siente compasión por todos, sea cual sea la necesidad o enfermedad. Jesús no se cansa de salir y acercarse a cada persona, al contrario, la acompaña tierna y misericordiosamente. Por eso, todos los que recurren a él lo hacen como si se dirigieran a Dios mismo, invocando su misericordia (Mc 9, 22; 10, 47-48; 17, 13; 18, 38-39), suplicándole: «¡Ten compasión de mí, Señor!» (Mt 15, 22; 17, 15; 20, 30-31).

EL SACERDOTE, TESTIGO DE LA MISERICORDIA

Jesús fue el Buen Pastor anunciado, quien transparentó como nadie el corazón misericordioso de Dios y quien «deja a los suyos el modelo de servicio que deberán ejercer los unos con los otros» (PDV 13), especialmente a aquellos que por los designios inescrutables de la misericordia divina han sido escogidos para representar y proseguir la obra de Cristo: «Los presbíteros son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo Cabeza y Pastor» (PDV 15).

Prolongar y vivir la misma misión de Cristo es a lo que se siente llamado el sacerdote⁴. Un llamado, que parte de la iniciativa amorosa y gratuita de Dios, un llamado a colaborar en la obra creadora y redentora de Cristo, y hacerlo con un estilo parecido al suyo: lleno de ternura, amoroso, con entrañas de misericordia, dispuesto a entregar la propia vida. Él ama así y llama a sus apóstoles a amar como Él. «La caridad del Buen Pastor se muestra en amar a cada persona como un pedazo de sus entrañas, una fibra de su corazón, porque cada persona ha sido elegida en Él, como 'hijo en el Hijo' (Ef 1, 4-5; GS 22). La vida de Cristo, prolongada en sus ministros, es toda ella actualización de un amor peculiar de Dios hecho hombre»⁵.

Hoy a los sacerdotes se les pide no solo hablar de la misericordia, sino *ser testigos de la misericordia*; no limitarse en ponderar las cualidades y beneficios de la misericordia de Dios. Todos recordamos, en este sentido, las apremiantes palabras de Pablo VI en las que decía: «Hoy el mundo atiende más a los testigos que a los maestros, y que, si atiende a los maestros, es porque son testigos. Nuestro mundo necesita hoy que los sacerdotes seamos ante todo 'testigos', que hablemos de 'lo que hemos visto y oído'»⁶. No en vano, el papa Francisco

3. W. Kasper, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Santander 2014, 70-71.

4. W. Kasper, *El sacerdote, servidor de la alegría*, Salamanca 2009, 82-83.

5. J. Esquerda Bifet, *Prolongar y vivir la misma misión de Cristo*, Madrid 2009, 59.

6. M. Sánchez Monge, *Desafíos del sacerdote en el mundo actual*, Valencia 2011, 108.

insiste a los sacerdotes, una y otra vez, a dejarse encontrar y abrazar por la misericordia de Jesús, que cambia y transforma la vida y el ministerio⁷, puesto que el sacerdote está llamado a ser un testigo de la misericordia divina, el cual ha de presentarse de tal forma que, viéndolo, los otros perciban en él el resplandor de la misericordia de Dios⁸. Y es que el Pueblo de Dios tiene necesidad de «presbíteros-discípulos que tengan una profunda experiencia de la misericordia de Dios, configurados con el corazón del Buen Pastor...», como leemos en el documento de Aparecida⁹.

Ciertamente, nuestro mundo necesita sacerdotes que se presenten como auténticos testigos de la misericordia divina. Sacerdotes que hayan experimentado y se sientan antes que nada destinatarios de la misericordia de Dios; que aquellas palabras que Jesús dirigió a sus amigos, los apóstoles: «Todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15), puedan escucharlas y sentir las como dirigidas también a ellos, para transmitir las vivencialmente a los demás. No hay duda: ¡Sólo los auténticos testigos de la misericordia pueden irradiar de manera creíble la misericordia que salva!

Ahora bien, no se es sacerdote por méritos propios. La gracia del sacerdocio es una prueba de la superabundante misericordia divina. En este sentido, son iluminadoras las palabras de san Juan de Ávila, referidas a los sacerdotes, cuando dice: «Escogionos Dios, y no como de rebaño; no nos escogió por nuestros merecimientos... sino escogiónos por su propia gracia, porque Él así lo quiso... Llamónos, escogiónos Dios, quiso que fuésemos santos por su propia gracia y voluntad, mas la ejecución de la elección, per *Iesum Christum*... No nos escogió porque éramos buenos, sino por que fuésemos buenos»¹⁰.

También el papa Juan Pablo abundaba en esa misma idea al dirigirse a los sacerdotes, el Jueves Santo de 2001: «Misericordia es la absoluta gratuidad con la que Dios nos ha elegido: 'No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros' (Jn 15, 16). Misericordia es la condescendencia con la que nos llama a actuar como representantes suyos, aun sabiendo que somos pecadores. Misericordia es el perdón que Él nunca rechaza, como no rehusó a Pedro después de haber renegado de Él. También vale para nosotros la afirmación de que 'habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión' (Lc 15, 7)»¹¹.

El sacerdote, como señalaba el papa Juan Pablo II, experimenta la misericordia en múltiples ocasiones de su vida. Y así, uno no es sacerdote por sus

7. Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 3.

8. Cf. A. Bloom, *No temas pedir perdón. Arrepentimiento, confesión y reconciliación con Dios*, Salamanca 2012, 35.

9. Conferencia Episcopal Latinoamericana, *Documento de Aparecida*, 199.

10. San Juan de Ávila, *Sermón* 15.

11. Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes. Jueves Santo*, 2001, 6.

propios méritos. La gracia del sacerdocio es, precisamente, una prueba de la superabundante misericordia divina. Pero también, misericordia es la condescendencia –sigue diciendo el papa Juan Pablo II– con la que nos llama a actuar como representantes suyos, aun sabiendo que somos pecadores.

En el Evangelio comprobamos que precisamente ésta es la actitud espiritual con la cual Pedro recibe su especial ministerio. «Pensemos en la escena de la pesca milagrosa, tal como la describe el Evangelio de Lucas (5, 1-11). Jesús pide a Pedro un acto de confianza en su palabra, invitándole a remar mar adentro para pescar. Una petición humanamente desconcertante: ¿Cómo hacerle caso después de una noche sin dormir y agotadora, pasada echando las redes sin resultado alguno? Pero intentarlo de nuevo, basado ‘en la palabra de Jesús’, cambia todo. Se recogen tantos peces que se rompen las redes. La palabra revela su poder. Surge la sorpresa, pero también el susto y el temor, como cuando nos llega de repente un intenso haz de luz, que pone al descubierto nuestros propios límites. Pedro exclama: ‘Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador’ (Lc 5, 8). Pero, apenas ha terminado su confesión, la misericordia del Maestro se convierte para él en comienzo de una vida nueva: ‘No temas. Desde ahora serás pescador de hombres’ (Lc 5, 10). El ‘pecador’ se convierte en ministro de misericordia. ¡De pescador de peces a pescador de hombres!»¹².

«Misterio grande, queridos sacerdotes: *Cristo no ha tenido miedo de elegir a sus ministros de entre los pecadores*. ¿No es ésta nuestra experiencia? Será también Pedro –añade el papa Juan Pablo II– quien tome una conciencia más viva de ello, en el conmovedor diálogo con Jesús después de la resurrección. Antes de otorgarle el mandato pastoral, el Maestro le hace una pregunta embarazosa: ‘Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?’ (Jn 21, 15). Se lo pregunta a uno que pocos días antes ha renegado de él por tres veces. Se comprende bien el tono humilde de su respuesta: ‘Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero’ (Jn 21, 17). Precisamente en base a este amor consciente de la propia fragilidad, un amor tan tímido como confiadamente confesado, Pedro recibe el ministerio: ‘Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas’ (Jn 21, 15.16.17). Apoyado en este amor, corroborado por el fuego de Pentecostés, Pedro podrá cumplir el ministerio recibido»¹³.

De manera parecida, el papa Benedicto XVI exhortaba a los sacerdotes a ponderar el misterio del cual han sido hechos, de modo especial, testigos. Es un misterio de un amor sin límites, puesto que «Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de los seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres

12. Juan Pablo II, *Carta*, 7.

13. *Ibid.*, 8.

capaces de actuar y representarse en su lugar, esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra sacerdocio»¹⁴.

Pero misericordia no es solo «la absoluta gratuidad con la que Dios nos ha elegido», ni «la condescendencia con la que nos llama a actuar como representantes suyos, aun sabiendo que somos pecadores», sino que misericordia es también –recuerda el papa Juan Pablo II– «el perdón que Él nunca rechaza, como no rehusó a Pedro después de haber renegado de Él»¹⁵. En este sentido, también vale para nosotros la afirmación de que «habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (cf. Lc 15, 7).

El perdón de nuestros pecados es uno de los grandes dones que Dios, rico en misericordia nos otorga y que ha querido depositar en nuestras manos. El mismo papa Francisco, en distintas ocasiones, nos ha invitado, con sus palabras y con su ejemplo, a reconocer nuestros límites y, por consiguiente, necesitados constantemente del favor y regalo de la misericordia de Dios: «Yo soy un pecador... estoy seguro de ello. Yo soy un pecador a quien el Señor ha mirado con misericordia, soy un hombre perdonado. Dios me miró con compasión y me perdonó. Incluso ahora cometo errores y pecados, y me confieso cada quince o veinte días. Y si me confieso es porque necesito sentir que la misericordia de Dios todavía está en mí»¹⁶.

No es extraño que el papa Juan Pablo II invitara a que «redescubramos el sacramento de la reconciliación como instrumento fundamental de nuestra santificación» y ámbito para experimentar la misericordia inacabable de Dios. Acercarnos a un hermano sacerdote, para pedirle esa absolución que tantas veces nosotros mismos damos a nuestros fieles, nos hace vivir la grande y consoladora verdad de ser, antes aún que ministros, miembros de un único pueblo, un pueblo de 'salvados'... Es hermoso poder confesar nuestros pecados, y sentir como un bálsamo la palabra que nos inunda de misericordia y nos vuelve a poner en camino. Sólo quien ha sentido la ternura del abrazo del Padre, como lo describe el Evangelio en la parábola del hijo pródigo... puede transmitir a los demás el mismo calor, cuando de destinatario del perdón pasa a ser su ministro»¹⁷.

Y añade todavía el papa Juan Pablo II: «Recurramos asiduamente, queridos sacerdotes, a este Sacramento, para que el Señor purifique constantemente nuestros corazones, haciéndonos menos indignos de los misterios que celebramos. Llamados a representar el rostro del Buen Pastor, y a tener, por tanto, el corazón mismo de Cristo, hemos de hacer nuestra, más que los demás, la

14. Benedicto XVI, *Homilía del Santo Padre Benedicto XVI en la clausura del año sacerdotal*, 11 de junio de 2010.

15. Juan Pablo II, *Carta*, 2001, 6.

16. *Ibid.*, 11.

17. Papa Francisco, *Entrevista en la revista italiana «Credere»*, 2 de diciembre de 2015.

intensa invocación del salmista: 'Crea en mí, Dios mío, un corazón puro, renueva en mí un espíritu firme'» (Sal 50, 12)¹⁸.

También el *Nuevo Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, en el n. 72, abunda en este aspecto, al recalcar la necesidad que tienen los presbíteros de confesarse: «Como todo buen fiel, el sacerdote también tiene necesidad de confesar sus propios pecados y debilidades... en la confesión frecuente, el presbítero aprende a comprender a los demás y, siguiendo el ejemplo de los santos, se ve impulsado a 'ponerlo en el centro de sus preocupaciones pastorales'. En este sentido, es una cosa buena que los fieles sepan y vean que también sus sacerdotes se confiesan con regularidad... En un sacerdote que no se confesase o se confesase mal, su ser como sacerdote y su ministerio se resentirían muy pronto, y se daría cuenta también la comunidad de la que es pastor».

Concluimos este primer apartado subrayando que el don del sacerdocio nos configura con Cristo, imagen visible de la misericordia del Padre. Ahora bien, «vivir el sacerdocio como don implica vivir nuestro ministerio como un regalo que Dios nos ha otorgado inmerecidamente para servir generosa y diligentemente a su Iglesia, administrando los más grandes tesoros, como es el poder perdonar los pecados para reconciliar a los hombres con Dios y con la Iglesia»¹⁹.

Asimismo, esta actitud nos permite descubrir que la gracia recibida por el sacramento del Orden, es una superabundancia de misericordia, pues Cristo nos llama a actuar como representantes suyos, aun sabiendo que somos pecadores. Nuestro sacerdocio, como hemos indicado más arriba, nació de la eterna misericordia de Dios, quien nos ha elegido teniendo en cuenta nuestras debilidades. La conciencia del misterio del pecado en nuestras vidas y las infidelidades al amor que Dios ha derramado copiosamente en nuestros corazones, nos deben ayudar a ser más humildes para poder descubrir que no han sido ni nuestros méritos, ni nuestro esfuerzo, ni nuestros aciertos, los que justifican o explican la donación de la gracia de Dios recibida por la imposición de manos y la oración consecratoria el día de nuestra ordenación. Nuestro sacerdocio se comprende, no contemplándonos a nosotros mismos, sino solamente si lo consideramos como una gracia que brotó del costado abierto de Cristo (cf. Jn 19, 34)²⁰.

EL SACERDOTE, TAMBIÉN MINISTRO DE LA MISERICORDIA DE DIOS

Vivir el sacerdocio como un don, fruto de la misericordia divina, implica vivir el ministerio como un regalo que Dios nos ha otorgado para servir generosa y diligentemente a su Iglesia, administrando los más grandes tesoros, como es

18. Papa Francisco, *Entrevista*, 11.

19. Cf. M. Romano Gómez, *El sacerdote, hombre de la misericordia, Materiales para la formación permanente de los presbíteros*, 3-4, Arquidiócesis de Guadalajara 2015.

20. M. Romano, *El sacerdote*, 4.

el hacer llegar la misericordia y el perdón a los hombres de hoy, haciéndonos servidores de nuestros hermanos, a ejemplo de Cristo. Y así nuestro ministerio será eficaz, creíble y fecundo si logramos ser auténticos y solícitos servidores de los demás por Cristo, tal como Él nos lo mandó (Mc 9, 35).

La caridad pastoral

Tanto el Concilio Vaticano II (cf. LG 18) como posteriormente Juan Pablo II en la PDV, resaltaron que los pastores de la Iglesia deben tener un corazón parecido al corazón de Dios (PDV 1). Y es, sobre todo, en el ejercicio de la *caridad pastoral*, realizado como un «*amoris officium*» (PDV 23-24), donde el sacerdote debe ser sacramento del corazón de Dios, servidor de una Iglesia que ha de ser «manifestación y al mismo tiempo realización del misterio del amor de Dios al hombre» (GS 45). Ahora bien, este servicio debe «imitar y revivir» (PDV 22) y también «comunicar» (PDV 57) la caridad pastoral de Jesús que fue revelación del corazón misericordioso de Dios; en él se hizo visible el corazón del Padre (Jn 14, 9). El Espíritu de amor es el que «infunde» esta caridad pastoral en el ministro ordenado; es también «su fuente perenne y su alimento continuo» (PDV 70).

El sacerdote, a través de la caridad pastoral, acerca y hace experimentar en otros el amor misericordioso de Dios; se convierte en mediación de ese amor de Dios al hombre y, a la vez, en camino hacia su comunión con Él. En nuestra caridad pastoral, el hombre a quien servimos debe sentirse amado por Dios y debe poder decir: «Yo soy, porque soy amado misericordiosamente por Dios».

Juan Pablo II nos recordó en su encíclica *Dives in misericordia* que, precisamente porque «Dios es amor» (1 Jn 4, 8.16), «no puede revelarse de otro modo sino como misericordia» (DM 13). De ello se deduce que, de igual modo, el sacerdote no podrá ser «sacramento del amor de Dios al hombre» (PDV 73), ni realizar su «*amoris officium*», sino en cuanto es en verdad *sacramento*—signo y mediación— *de la misericordia divina*. Su sensibilidad pastoral no ha de ser otra cosa que la expresión de su misericordia²¹. Y es precisamente en el padre bueno de la parábola de Jesús (Lc 15, 20-32), donde debe encontrar el modelo de su ministerio paternal misericordioso.

Este contenido esencial de la caridad pastoral como donación al estilo del padre misericordioso, debe ser realizado a través de una serie de actitudes y comportamientos que manifiesten de forma clara su calidad paterna y misericordiosa: configuración con Cristo hasta ofrecer la propia vida, una gran sensibilidad humana que el sacerdote ha de aumentar y profundizar en el trato con los hombres y en la vida de cada día (PDV 72), conociendo y compartiendo «la experiencia humana del dolor en sus múltiples manifestaciones, desde la indignancia

21. L. A. Montes Peral, *La centralidad de la caridad pastoral en la vida y misión del sacerdote*, Santander 2014, 58-59.

a la enfermedad, de la marginación a la ignorancia, a la soledad, a las pobreza materiales y morales» (PDV 82), el propio testimonio —«creíble y aceptable»— del sacerdote (PDV 43), el amor gratuito y generoso, paterno y materno a la vez.

El sacramento de la reconciliación

Cuando el sacerdote administra el sacramento de la reconciliación, es entonces cuando se convierte en el *sacramento* más revelador de la entrañable misericordia de Dios; y «vive de nuevo, de forma particular, su condición de ser instrumento de un maravilloso acontecimiento de gracia. A la luz de la fe, puede experimentar el cumplirse del amor misericordioso de Dios. Aunque existen otros instrumentos eclesiales para comunicar la misericordia de Dios, por no hablar de la eucaristía, máxima prueba de amor, en el sacramento de la penitencia el hombre es alcanzado de forma visible por la misericordia de Dios»²². «A lo largo de la historia y en la praxis constante de la Iglesia, el ‘ministerio de la reconciliación’ (2 Cor 5, 18) se ha visto siempre como una tarea pastoral muy relevante, realizada por obediencia al mandato de Jesús como parte esencial del ministerio sacerdotal»²³.

Es precisamente este servicio de reconciliación, ejercido con autenticidad, el que invita «a vivir en sintonía con los sentimientos del Corazón de Cristo»²⁴; lleva a «vivir la caridad del Buen Pastor, vivir «su amor al Padre en el Espíritu Santo, su amor a los hombres hasta inmolarse entregando su vida» (PDV 49).

Lo recordaba Juan Pablo II al conmemorar el segundo centenario del nacimiento del santo Cura de Ars: «Estad siempre seguros, queridos hermanos sacerdotes, de que el ministerio de la misericordia es uno de los más hermosos y consoladores. Os permitirá iluminar las conciencias, perdonarlas y vivificarlas en nombre del Señor Jesús, siendo para ellas médicos y consejeros espirituales; es la insustituible manifestación y verificación del sacerdocio ministerial»²⁵.

Cuando el sacerdote es consciente de esta realidad de gracia, no puede no alentar a los fieles a acercarse al sacramento de la penitencia. Es entonces cuando «el sacerdote ejerce el ministerio del Buen Pastor que busca la oveja perdida, del Buen Samaritano que cura las heridas, del Padre que espera al hijo pródigo y lo acoge a su vuelta, del justo Juez que no hace acepción de personas y cuyo juicio es a la vez justo y misericordioso. En una palabra, el sacerdote es el signo y el instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador»²⁶.

22. Congregación para el Clero, *El sacerdote confesor y director espiritual, ministro de la misericordia divina*, Roma 2011, 62.

23. *Ibid.*, 34.

24. Congregación para el clero, *El sacerdote*, 22.

25. Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo 1986*, 7.

26. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1465.

Ello debe hacerlo: acogiendo con amabilidad, escuchando con serenidad y comprensión, sintonizando con la situación del penitente, potenciando su arrepentimiento, alentando su confianza, aconsejando con sabiduría, despertando en él la alegría de participar en la alegría que siente Dios por su vuelta, participando el mismo sacerdote de la alegría de ambos.

De esta manera, el papa Francisco pide a los sacerdotes, ministros de la gracia de Dios, que den misericordia tanto como puedan en el confesionario y que demuestren el gozo desbordante del corazón de Dios por el penitente: «Quiero pedirles por amor a Jesucristo, nunca se cansen de ser misericordiosos, ¡por favor! Tengan esa capacidad de perdón que ha tenido el Señor, que no vino a condenar sino a perdonar. Tengan misericordia, tanta, y si les viene el escrúpulo de ser demasiado perdonadores, piensen en aquel santo cura del que les hablé, que iba delante del tabernáculo y decía: 'Señor, perdóname si he perdonado demasiado, pero eres tú que me has dado el mal ejemplo'. Es así. Y les digo de verdad, me da tanto dolor cuando encuentro gente que no va más a confesarse porque fue apaleada, retada, lastimada. ¡Han sentido que las puertas de las iglesias se le cerraban en la cara! Por favor no hagan esto, quiero misericordia, tanta misericordia»²⁷.

Nuestro ministerio como confesores es una tarea hermosa, delicada e insustituible. Escuchar en confesión a un penitente es un acto supremo de amor, tanto para con Dios como para con nuestros hermanos que buscan humildemente volver a la casa paterna. No negamos el sacrificio que implica, en ocasiones hasta heroico, el sentarse a confesar y esperar y atender pacientemente al penitente. Es más, como afirman los maestros en la vida espiritual, la disminución en el celo pastoral a la hora de administrar de mala gana el sacramento, o simplemente dejarlo de administrar, es porque él mismo ha dejado de ser penitente; ha abandonado la experiencia del amor misericordioso de Dios²⁸.

Lo cual nos indica que el ejercicio del ministerio de la reconciliación es una invitación constante a la propia conversión; sobre todo, al constatar de manera meridiana, como fruto de la misericordia divina, el impulso hacia una verdadera conversión en cuantos vienen a confesarse; lo cual llevará al sacerdote a reconocer sus culpas y pedir para él mismo la gracia de la conversión. Ahora bien, este deseo de conversión debe llevarnos a buscar una vida más en unión con Dios, de suerte que nosotros seamos los primeros comprometidos con Dios.

De ahí que la administración del sacramento de la reconciliación venga considerada como un camino de santidad, puesto que la santidad va de la mano con la humildad; y quien es humilde, reconoce no solamente su fragilidad y pecado, sino la necesidad que tiene de Dios a lo largo de su vida. Así lo recuerda

27. Papa Francisco, *Homilía del Papa Francisco en la misa del IV domingo de Pascua, en la cual han sido ordenados 13 sacerdotes* (6.11.2014).

28. Cf. M. Romano Gómez, *El sacerdote, hombre de la misericordia*, 5-6.

el *Directorio*: «La fiel y generosa disponibilidad de los sacerdotes a escuchar las confesiones, a ejemplo de los grandes santos de la historia... nos indica a todos que el confesonario puede ser un 'lugar' real de santificación»²⁹.

El valorar este Sacramento como un instrumento fundamental de nuestra santificación, nos ayudará a vencer los obstáculos o temores que se puedan presentar para al acercarnos a nuestro hermano sacerdote y pedirle la absolución que tantas veces nosotros impartimos a nuestros fieles³⁰. Al respecto señalaba el papa Juan Pablo II: «El acudir a nuestro hermano sacerdote [...] nos hace vivir la grande y consoladora verdad de ser, antes, aunque ministros, miembros de un único pueblo, un pueblo de 'salvados'... Es hermoso poder confesar nuestros pecados, y sentir como un bálsamo la palabra que nos inunda de misericordia y nos vuelve a poner en camino. Sólo quien ha sentido la ternura del abrazo del Padre, como lo describe el Evangelio en la parábola del hijo pródigo –'se echó a su cuello y le besó efusivamente' (Lc 15, 20)– puede transmitir a los demás el mismo calor, cuando de destinatario del perdón pasa a ser su ministro»³¹.

¡Cuántos de nosotros no hemos salido reconfortados y animados a ser mejores al experimentar esa misericordia de Dios en la confesión! Al respecto señala el papa Benedicto XVI: «El sacerdote, ministro del sacramento de la Reconciliación, debe considerar siempre como suyo hacer que en sus palabras y en el modo de tratar al penitente se refleje el amor misericordioso de Dios... todo esto implica que el sacerdote comprometido en el ministerio del sacramento de la Penitencia esté animado él mismo por una constante tensión hacia la santidad»³².

Servir a la misericordia de Dios a través de las obras sociales de todo tipo

Esas «entrañas de misericordia» que el sacerdote experimenta en su vida y en su ministerio, han de traducirse también en obras de misericordia. San Pablo nos exhorta: «Revestíos... de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente» (Col 3, 12-13).

Si toda la vida del sacerdote ha de ser una epifanía del amor misericordioso de Dios por los hombres, también ha de llevarlo a colaborar en todo tipo de obra social, y, más aún, en todo servicio social hacia personas concretas y, de modo especial, hacia las más necesitadas. Ello ha de generar en el sacerdote una mirada de misericordia y una respuesta eficaz a las necesidades de los pobres, pero

29. Congregación para el Clero, *Nuevo Directorio*, 72.

30. Cf. M. Romano Gómez, *Ibid.*, 11.

31. Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes*, Jueves Santo 2001, 10.

32. Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en un curso sobre el fuero interno organizado por la Penitenciaría Apostólica* (16.3.2007).

también de los pueblos³³. Pero esto, como señala el papa Francisco, «supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo»; y añade: «hacer oídos sordos a ese clamor, cuando nosotros somos instrumentos de Dios para escuchar al pobre, nos sitúa fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto... y la falta de solidaridad en sus necesidades afecta directamente a nuestra relación con Dios» (EG 187).

En este sentido, cabe decir que en toda obra social que emprenda el sacerdote han de hacerse presentes los rasgos principales del Buen Pastor; y los principales son el servir y el buscar. El sacerdote ha de estar al servicio de aquellos que le han sido encomendados, puesto que, a imagen del Buen Pastor, ha de apacentar y cuidar a todos los que tiene. Por ello afirma el papa Francisco que servir significa: «Acoger a la persona que llega, con atención; significa inclinarse hacia quien tiene necesidad y tenderle la mano, sin cálculos, sin temor, con ternura y comprensión, como Jesús se inclinó a lavar los pies a los apóstoles. Servir significa trabajar al lado de los más necesitados, establecer con ellos ante todo relaciones humanas, de cercanía, vínculos de solidaridad (...) servir significa reconocer y acoger las peticiones de justicia, de esperanza, y buscar juntos los caminos, los itinerarios concretos de liberación»³⁴.

Pero, así como el Buen Pastor vino a buscar lo que estaba perdido, así también el sacerdote ha de salir a buscar lo que está perdido. En unos casos ha de buscar lo perdido para rehabilitarlo: reeducando a niños y adolescentes especialmente deteriorados, regenerando a jóvenes toxicómanos y trabajando con familias desestructuradas. En otros casos ha de buscar lo perdido para acompañarlo hasta el final: esto es, acompañando a los ancianos en los albergues totalmente imposibilitados, a los pacientes con deficiencia psíquica, a los enfermos terminales de cáncer o sida.

De esta manera, con estos dos rasgos característicos del Buen Pastor, los sacerdotes interpelan a la sociedad y a la comunidad cristiana. Pero, sobre todo, sirven a la misericordia de Dios con una auténtica fe, que nunca es cómoda e individualista, e implica siempre un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de transformar la vida a través de obras sociales de todo tipo y de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Afirma el papa Francisco que todos estamos llamados a construir un mundo mejor: «Todos los cristianos, también los pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor. De eso se trata, porque el pensamiento social de la Iglesia es ante todo positivo y propositivo, orienta una acción transformadora, y en este sentido no deja de ser un signo de esperanza que brota del corazón de Jesús» (EG 183).

33. Cf. J. Sobrino, *El principio misericordia: bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Santander 1992, 187.

34. Papa Francisco, *La Iglesia de la misericordia*, México 2014, 135.

En definitiva, el sacerdote no es sólo importante por el aspecto religioso dentro de la Iglesia. Desempeña también una grandísima labor en la sociedad, porque promueve los grandes valores humanos, está muy cerca de los pobres con la solidaridad, la atención por los derechos humanos.

Necesidad de nuevos testigos y servidores de la misericordia de Dios

Los sociólogos consideran que la cultura actual es una cultura que rehúye de la misericordia. El mismo papa Juan Pablo II en su encíclica *Dives in misericordia* señalaba, a este respecto, cómo se plantea el hombre de hoy en día la misericordia: «La mentalidad contemporánea, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende, además, a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de misericordia parecen producir una cierta desazón en el hombre, quien, gracias a los adelantos tan enormes de la ciencia y de la técnica, se ha hecho dueño y ha dominado la tierra mucho más que en el pasado. Tal dominio sobre la tierra, entendido tal vez unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia» (DM 2).

En una sociedad como la nuestra que más bien tiene una idea deformada de la misericordia y que no raramente viene ejercida de forma paternalista y encubriendo serias injusticias, es importante reconocer que «la misericordia rige la vida de los hombres. Sin ella no podemos vivir. Sólo podemos vivir medianamente felices, si somos acogidos y sostenidos en el camino de la vida, si hay Alguien que nos levanta una y otra vez porque nos ama... El amor, y esa forma de amar que es perdonar, son frutos granados de la misericordia»³⁵.

Entonces, la Iglesia, mirando el corazón y las entrañas de Dios, está llamada a ofrecer al mundo ese amor desinteresado que ella recibe del Padre misericordioso, y ser testimonio concreto del amor de Dios convertido en misericordia. Y, dentro de esa Iglesia, los sacerdotes, de manera muy especial, tienen la misión de ser testigos y servidores de la misericordia de Dios. Ellos, a través de su vida, de su ministerio, de las obras de misericordia, han de ayudar a descubrir el verdadero rostro de ese Dios compasivo y misericordioso que nos reveló Jesucristo; es decir, de Aquel que es fuente de la misericordia y que la derrama generosamente sobre nosotros.

Aunque en nuestro mundo la misericordia no goza de buena reputación, no podemos olvidar que Jesús se atrevió a llamar felices y bienaventurados a los hombres de corazón misericordioso. Y al sacerdote le corresponde, de manera muy singular, no solo ser misericordioso porque todo él es fruto de la misericordia sino, además, porque está llamado a ser «sacramento» del corazón misericordioso de Dios, reflejarlo abiertamente. Esa vida testimonial se convierte en

35. M. Sánchez Monge, *Desafíos del sacerdote en el mundo actual*, 87.

un estilo de vida alternativo a los paradigmas de una sociedad que no acepta tan fácilmente la misericordia³⁶.

Necesitamos personas misericordiosas, al estilo del corazón de Dios: que se dejen afectar por el dolor del prójimo, se solidaricen de forma eficaz con el que sufre, que aprendan a mirar con los ojos de Dios a quien «le conmueve la aflicción de su pueblo», que sean capaces de descabalar de su intransigencia y de su frialdad al tratar a sus semejantes³⁷.

De ahí la importancia y trascendencia de la oración al Dueño de la mies, que envíe sacerdotes según su corazón; puesto que nuestro mundo necesita quien le transmita hoy el calor del amor y el abrazo del perdón. Pero no sólo es cuestión de oración; hemos de involucrarnos especialmente nosotros sacerdotes para que nuestro testimonio de vida se convierta en mediación para el llamado de Dios; que nos propongamos invitar a adolescentes y jóvenes a nuestros seminarios, donde con unos procesos bien cuidados por parte del equipo formador y la ayuda de un buen acompañamiento espiritual lleguen a descubrir que ellos son también destinatarios de la misericordia y llamados a prepararse para ser el día de mañana ministros de la misericordia.

La pastoral vocacional al ministerio ordenado ha de ir acompañada por el testimonio de fidelidad del sacerdote a la propia vocación; pero, al mismo tiempo, ha de reflejar la misericordia del Padre por todos los poros: en la capacidad de acogida, en el interés por la situación concreta de sus fieles, en la comprensión para con sus debilidades, en el aliento en las dificultades, en la paciencia para escucharlos y acompañarlos, en el respeto hacia su conciencia, en la búsqueda perseverante y delicada de los lejanos.

36. Cf. L. Ortiz Losada, *El coraje de ser sacerdote hoy*, Bogotá 2013, 155.

37. M. Sánchez Monge, *Desafíos*, 87.